

**EL VIAJE
DE LA
LIBÉLULA**

MARTA GRACIA PONS



MAEVA

Para mis padres, Marta y Fernando

PRIMERA PARTE

1

Blanca

Enero de 1940

NO SE HUBIERA levantado de la cama. Hacía un frío espantoso y se habían quedado sin carbón para encender la estufa. Se abrigó bien con la gruesa bata de felpa y bajó a la cocina, que era el único lugar de la casa en el que uno podía estar caliente gracias al vapor del hornillo. Su madre, con las mejillas enrojecidas por el fuego, se había vestido y arreglado como en los viejos tiempos: el pelo moreno, algo canoso, recogido en un moño elegante, los ojos oscuros —que resplandecían con optimismo— pintados con lápiz negro. A veces, la envidiaba. Pese a tener casi cincuenta años, Emilia era una mujer atractiva y segura de sí misma que afrontaba con valentía cualquier obstáculo que le ponía la vida. Blanca, sin embargo, que solo tenía veintiséis, apenas había levantado cabeza desde que su padre falleciera durante la guerra.

—Creía que no te ibas a levantar hoy —dijo Emilia.

Puso una rebanada de pan blanco en la sartén, para tostarlo. El vapor mojaba los azulejos rojos de las paredes y en el fregadero de granito descansaba un escurrer platos lleno de vasos y platos a medio secar.

—He recordado que tenía que ir a ver a Adela —respondió Blanca.

—¿Vas a ir otra vez? —resopló—. Ni siquiera tenemos comida para nosotras como para que la regales a otros.

Emilia abrió la puerta de la despensa donde guardaban la carne fresca, el pescado y las sobras de la comida o de la cena.

—¿Lo ves? —señaló el interior—. Solo queda un hígado de cerdo.

—Pues me lo llevaré. Luego ya vendrá tu querido Mauricio y nos traerá más comida.

—¿Te quejas de que nos traiga comida? —rio con sarcasmo—. Suerte que tenemos a ese hombre que nos alimenta y podemos seguir comiendo carne y pan blanco. Ah, y café de verdad, no ese sucedáneo de achicoria.

—¿A qué precio, mamá? —frunció el ceño—. No nos da todo eso gratis.

—De eso me ocupo yo, ya lo sabes.

Blanca apretó los puños, reprimiendo las lágrimas.

—Preferiría morir de hambre que traicionar a padre.

—Yo no traiciono a nadie, hija, que te quede claro —sacó con parsimonia el café del fuego y lo sirvió en dos tazas—. Tu padre, que en paz descansa, está muerto y enterrado. ¿Qué quieres que le haga? Tenemos que sobrevivir, ¿no?

—¡Pero no con ese tipo! —gritó con rabia—. ¡Sus bombas lo mataron!

—Él no tiró las bombas, no seas estúpida —murmuró—. Hubo una guerra y en las guerras, desgraciadamente, mueren personas. Le tocó a tu padre como le podría haber tocado a cualquiera.

—No sé cómo no sientes remordimientos.

Blanca se bebió el café de golpe y subió a vestirse a su habitación. Se sentó en el tocador y se puso a llorar. A veces, creía que su madre ya había pasado página, que había olvidado el bombardeo que había matado a su padre hacía dos años. Aunque Mauricio no había sido el causante directo de la desgracia, sí formaba parte del bando que había sumido el país en la miseria. Eso no podía perdonárselo.

Trató de serenarse y se lavó la cara con agua fría antes de mirarse al espejo. Se parecía a su madre, aunque no era tan atractiva: su nariz era más grande y sus labios, más finos y pálidos. El pelo, largo y castaño, lo llevaba sin ondular y sin recoger. No quería pintarse, ni perfumarse. De hecho, sobre la mesa había un pintalabios y un frasco de perfume todavía sin abrir, regalos de Mauricio.

No iba a comprarla a ella, como había hecho con su madre. De todos modos, poco le importaba ya verse guapa.

Bajó a la cocina de nuevo y envolvió el hígado en papel de periódico para llevárselo. No miró a Emilia, ni siquiera se despidió, y salió a la calle apretándose bien el abrigo al cuerpo. El sol estaba escondido tras las espesas nubes del cielo; hacía un frío arrollador y por la calle se oían las toses roncas y enfermizas de quienes sufrían tuberculosis y tifus. De hecho, en las fachadas se veían carteles y tabloides que anunciaban productos, fármacos y concentrados de bajo coste que prometían una mejor alimentación a un precio más asequible: pastillas de caldo, chicles, palos de regaliz, polvos de tomate y un largo etcétera que poco podían hacer ya contra la escasez de comida y la mala higiene que habían condenado a la población a la muerte.

Tomó el tranvía hacia el barrio del Guinardó, donde vivía Adela. Mientras circulaba, veía edificios desdentados y paredes donde todavía se alojaban los obuses que habían caído durante la guerra. En ocasiones, le parecía oír la terrible sirena que avisaba del inminente bombardeo de la aviación italiana y alemana: la gente corría desesperada hacia los refugios antiaéreos, horrorizada. Pese al miedo, se sobrevivía. Su padre no había corrido la misma suerte. Ahora, sin embargo, el Ayuntamiento de Barcelona estaba aprovechando las zonas perjudicadas por los derrumbamientos para abrir nuevas calles y plazas como la de la Vía Layetana y la plaza Nueva. Al fin y al cabo, la vida continuaba.

Bajó del tranvía. La gente que no tenía trabajo se ganaba la vida como podía en la calle: algunos vendían cigarrillos Lucky, Chester y Philips a cincuenta céntimos de peseta cada uno; otros, barras de pan blanco a dos pesetas. Todo un lujo, si se tenía en cuenta que una entrada de cine costaba veinticinco céntimos. Sorteó a unos muchachos que vendían fruta y verdura en las aceras, que probablemente habrían robado de los huertos de la periferia. Miraban de un lado a otro, dispuestos a correr si se presentaba algún municipal para retirarles la mercancía. Algunos lograban escapar, pero la mayoría acababa en el calabozo mientras la policía se repartía el botín

sin ningún tipo de complejo ni disimulo. La ley siempre favorecía a unos pocos.

Pasó justo al lado de un cine abandonado. Ya no se hacían colas en las taquillas para ver las películas americanas; ahora se hacían frente a los ultramarinos, para poder recibir las exiguas cantidades de comida de la cartilla de racionamiento, o en las puertas de la prisión Modelo, donde se agolpaban los sospechosos contrarios al Nuevo Régimen. También en los comedores infantiles de Auxilio Social, en los que las mujeres vestidas con camisa azul de la Falange servían *farinetes* a los niños hambrientos y enfermos de los barrios más pobres como los de Casa Baró, Guinardó y la Salut.

En algunas zonas del barrio del Guinardó, junto a las casitas de ladrillo rojo de los inmigrantes del Turó del Carmel todavía sobrevivían las torres de retiro de algunos comerciantes de clase media de finales del siglo XIX. El paisaje era, cuando menos, pintoresco. El edificio en el que vivía Adela estaba construido alrededor de un laberinto de patios interiores desde los que emanaba el gorjeo continuo de las palomas y las gallinas que criaban los propios vecinos para poder echarse algo a la boca. Blanca subió por las escaleras: olía a aceite rancio y al orín y las heces de los aseos compartidos. Antes de llegar a la puerta, se cruzó con un carbonero que cargaba con un pesado saco. De fondo, se oía el llanto de una criatura y la música de un afortunado con radio.

Llamó al timbre y salió Roberto, el hijo de Adela.

—¡Qué alegría verte! —exclamó, dejándola entrar.

Mientras caminaba hacia la cocina, pudo comprobar que a Roberto se le marcaban las costillas y los nudos de la columna a través de la ropa. En su rostro se veían las señales de una juventud envejecida por el hambre. Adela estaba en la cocina, sentada en una mesa camilla cuya falda de tela gruesa le tapaba las piernas y la cintura; debajo había un brasero cuyo olor obligaba, de vez en cuando, a abrir la ventana para reciclar el aire. El hornillo de carbón estaba encendido; la leche estaba hirviendo y había dos tazas de desayuno sobre la mesa. Roberto añadió una más para Blanca.

—Ni hablar —dijo ella—. Yo ya he desayunado en casa.

No insistió y guardó rápidamente la taza en la alacena que quedaba al descubierto.

—Os he traído algo —continuó, a la vez que le entregaba el hígado envuelto en periódico—. No es mucha cosa, pero algo es algo.

Roberto se lo llevó a la nariz y sonrió.

—Por fin algo de carne —suspiró—. Gracias. No tienes por qué.

—Tu madre lo necesita.

Miró a Adela, que estaba tan callada como siempre. Estaba débil, huesuda, su piel comenzaba a amarillear. Los cabellos plateados los tenía recogidos en una pinza. Había sido guapa en el pasado, o eso recordaba de niña. Seguía teniendo los pómulos marcados y un rostro bonito. Sin embargo, tenía la mirada vacía: había perdido la memoria. A veces, ni siquiera recordaba a su propio hijo.

—El otro día la vecina pudo quedarse con ella mientras yo viajaba —comentó Roberto—. He conseguido algunas verduras.

—Te la juegas —negó con la cabeza—. Me da miedo que te coja la Guardia Civil en una de éstas.

—¡Ni te imaginas cómo estaba de lleno el tren desde el Prat hasta Barcelona! —exclamó, entusiasmado—. Está todo planeado: tiramos los fardos de comida por la ventana antes de que llegue el control y así no tenemos que pagar los impuestos. El otro día me contaron que una mujer tuvo que pagar cincuenta céntimos por meter una gallina en la ciudad. ¡Es una locura!

—Todo es una locura. ¿Ya habéis gastado lo de la cartilla?

—Las básculas están trucadas, así que nos dan menos de los que nos toca —frunció el ceño—. Además, las legumbres están llenas de gusanos. Las patatas ya no son patatas, sino boniatos, el café es malta y el chocolate es un sucedáneo hecho de algarrobas.

—Es mejor eso que acabar en la cárcel, ¿no crees?

Roberto torció el gesto.

—El estraperlo está mal, lo sé, pero al menos saco algo de dinero y como mejor. Los próximos días quiero ir hasta el Ripollès o la Garrotxa, que allí hay buenas casas de payés. Por una docena de huevos podría llegar a sacar hasta doscientas pesetas.

Blanca chasqueó la lengua, preocupada.

—Ya sé que es arriesgado —siguió, agachando la cabeza—. Pero ¿qué puedo hacer? No puedo trabajar: he de cuidar de mi madre. Y estoy harto de rebuscar las hojas de col o de lechuga que quedan desperdiciadas en los mercados o las pieles de patatas de las basuras de los barrios de las clases altas. Ni siquiera tenemos aceite para freírlas después. Y ya no te digo la paliza que me llevé hace unas semanas en el puerto cuando traté de robar un saco de cereales.

—Me avergüenza no pasar por lo mismo, Roberto —sentenció, desviando la mirada.

—¿Qué dices? ¿Estás tonta o qué? Eres una afortunada por tener comida.

—Pero no a ese precio —se le humedecieron los ojos—. No es digno.

—¿Digno? —rio—. ¿Y qué es digno? ¿Ir al parque Güell a recoger las algarrobas de los árboles para llevarte algo a la boca? ¿Ir al matadero de la plaza de España para beber un vaso de sangre de vaca? ¿Tomar un jarabe para el dolor de cabeza porque es dulce y engaña el estómago?

—No traicionar la memoria de tu padre.

—Tu padre murió y tu madre trata de que no os falte de nada. Si pudiera, yo haría lo mismo. Desgraciadamente, no soy tan guapo como tu madre ni el señor Navarro está interesado en muchachos como yo.

Blanca rio ante la ocurrencia. Luego, recordó a ese hombre bigotudo y se puso seria de nuevo.

—Es de los malos —soltó con firmeza—. Está casado, tiene hijos, y mantiene una doble vida con mi madre. Luego tenemos que escuchar y leer las consignas de la Sección Femenina sobre las purezas del matrimonio. Y ya ves, aquí cada uno se salta las normas cuando quiere.

—Parece mentira que no lo sepas —acercó la taza a los labios de su madre—. Los poderosos siempre ganan, ya fuera antes o después de la guerra. ¿Qué ha cambiado?

—Bueno, que ahora se oyen los disparos de los pelotones de fusilamiento.

Roberto asintió lentamente.

—Ya, pues intenta aprovecharte de los que fusilan. Sácale todo lo que puedas a ese cerdo de Mauricio y vive como una marquesa.

—No sé si voy a ser capaz.

Roberto le acarició el brazo y bebió de un trago la leche.

—Joder, lleva más agua que el Canal de la Mancha —hizo una mueca de disgusto—. Hazme caso, hija, que el hambre es muy mala. A ti nunca te ha faltado de nada y no estás acostumbrada a la miseria.

—¡Qué tiempos aquellos! —recordó con nostalgia—. Antes de la guerra, cuando vivíamos felices y sin preocupaciones. Tu madre ya era mayor, pero se desenvolvía como nadie en el trabajo. Nos encantaba lo que hacíamos.

Miró a Adela de nuevo, tratando de descubrir en sus ojos un ápice de lucidez, de recuerdo. Pero no lo había. Quizá era mejor así, pensó Blanca con pesimismo. El mundo había cambiado a peor y su hijo se veía abocado a la delincuencia para subsistir con el riesgo que eso conllevaba. Algún día podía desaparecer, sin más, y Adela se vería sola y desatendida.

—Jugábamos los dos juntos por la plaza de Sant Jaume. Pero también recuerdo que la gente cuchicheaba a nuestras espaldas —se le ensombreció el rostro—. Mi madre era mayor cuando me tuvo y, encima, no se sabía quién era mi padre. Y tú...

Calló y carraspeó nervioso.

—Ya no me duele, Roberto —comentó Blanca—. Mi padre ya era viejo cuando se casó y, sí, lo hizo con una mujer de apenas veinte años que no gozaba de la mejor reputación.

—Nuestras madres siempre fueron juzgadas —suspiró—. Salimos fortalecidos de todo eso, creo.

—Se rumoreaba mucho y eso me molestaba —recordó con los labios apretados—. Y nunca quise creer lo que decían las malas lenguas; que si mi madre era prostituta y había enredado a mi padre. Yo creo que estaban enamorados.

—La gente es muy mala cuando quiere.

—Por eso no quiero que mi madre esté con ese hombre —se restregó la frente, pensativa—. No quiero que se rumoree lo mismo, que piensen que es una fulana que va con hombres casados solo a cambio de vivir mejor.

—¿Y qué si lo piensan? —se encogió de hombros—. Tu madre estuvo casada con un hombre reconocido y tiene el apellido de una familia reconocida. Eso no se lo van a quitar nunca.

—Ya no somos reconocidos —dijo con tristeza—. No sé si nos recuerda alguien.

—Quizá no ahora, pero puede que de aquí a unos años sí, cuando todo vaya a mejor. Solo ha pasado un año desde que acabó la guerra.

Blanca resopló y se puso de pie.

—Ojalá, Roberto, ojalá —le dio un beso en la mejilla y otro a Adela—. Me voy que he de hacer la comida. Mi madre no sabe ni abrir una lata de sardinas y maldice cada día de su vida el no tener una criada a su lado. Bueno, la criada soy yo, parece ser.

—Nos vemos pronto, amiga.

Salió del edificio apesadumbrada, como pasaba siempre que se despedía de su amigo y se daba cuenta de lo lejos que estaba Adela de los dos. La muerte no tardaría en llegar, eso supondría un doloroso alivio para Roberto, que por fin podría hacerse cargo de su vida sin ataduras, solo tendría que preocuparse de su supervivencia.

Al llegar a su casa, que estaba en la calle Ferran, se encontró a un cartero que llevaba una caja de cartón bien cerrada con cuerdas. Estaba mirando el número del edificio, dudando si llamar o no al timbre. Blanca se acercó a él extrañada.

—Disculpe, ¿viene a entregar este paquete?

—No sé si es aquí porque veo que la joyería ya no existe o no está abierta —volvió a leer el nombre—. Pone que va dirigido a la familia Amat.

—La joyería no está abierta, pero yo soy Blanca Amat, así que supongo que debe ser para mí.

Estaba nerviosa: hacía mucho tiempo que no llegaban cartas ni paquetes a su nombre, y menos a la joyería, que desde que había muerto su padre no estaba en funcionamiento.

—Entonces debo entregárselo a usted —le dio el paquete—. Buenos días.

Blanca subió rápidamente a la cocina y encontró un cuchillo para cortar las cuerdas. Por suerte, su madre había salido, así que podría disfrutar tranquilamente de su contenido. Lo abrió con cuidado y se quedó sorprendida. Había cinco joyas: tres hadas, una libélula y una ninfa, todas ellas hechas de cobre y esmaltadas en diferentes colores. ¿Qué demonios era eso?, se preguntó. ¿Quién las había enviado y por qué? En el fondo de la caja había una nota escrita a lápiz de forma rápida, como si hubieran tenido prisa en enviarla. Estaba escrita en francés, algo que le pareció extraño y, aunque llevaba tiempo sin practicarlo, pudo entender perfectamente aquellas líneas de letra poco cuidadosa.

Devolvemos estas joyas a su legítimo propietario, quienquiera que sea ahora. Hemos tratado de cuidarlas durante más de treinta años, pero ahora ya es arriesgado. Esperamos que lleguen bien.

Blanca se quedó pensativa, llena de curiosidad: ¿quién había hecho esas joyas hacía treinta años?

2

Elsa

Mayo de 1905

ESTABA ENAMORADA DE ese jardín de Horta. Le encantaba perderse por el laberinto de cipreses que conducían a la fuente y aspirar el olor de los viejos naranjos amargos. Las plantas silvestres crecían por todas partes, las rosas trepaban por los setos y las hiedras enmarañadas. Se había arremangado el vestido para no mojárselo y las campanillas azules le hacían cosquillas en las piernas desnudas. Probablemente, pensó Elsa, por allí habría pasado el hada del Rocío y algún que otro duende que había dejado caer desde el cielo los pétalos y las hojas que cubrían el suelo. Aunque ya tenía dieciséis años, seguía sintiendo fascinación por los cuentos de Christian Andersen y los Hermanos Grimm; había aprendido a leer con ellos y eso había alimentado su imaginación y su pasión por la fantasía.

Respiró profundamente el aire fresco. Era una mañana clara y el sol se asomaba ya tímidamente. Su padre se había reunido con el marqués de Alfarràs, uno de sus mejores clientes. Mientras ellos hacían negocios, Elsa prefería disfrutar del jardín y descubrir los secretos que ocultaba la naturaleza. Además, allí podría inspirarse para diseñar uno de sus broches. Sacó el cuaderno y el lápiz, y comenzó a dibujar un hada de rostro bondadoso, vestida con una túnica blanca llena de pliegues y una corona de flores frescas. Un espíritu libre, alegre, igual que ella.

Le encantaban las joyas. Había crecido en el taller de los Amat, donde su padre y su tío diseñaban las piezas más exclusivas para las mujeres más distinguidas de la ciudad. Nadie dudaba en ir a la

calle Ferran si quería lucir una buena joya en cualquier evento social. Llevar la firma Amat era sinónimo de prestigio, calidad y buen gusto.

De repente, oyó el ruido de los cascos de los caballos, que ya estaban preparados para emprender la vuelta a casa. Soltó un suspiro y guardó el cuaderno en su bolso. Después, se puso de puntillas para mirar a través de los setos: su padre estaba esperándola en la escalinata de la puerta de la casa del marqués, buscándola impaciente con la mirada. Elsa salió del laberinto lo más rápido que pudo: lo había recorrido tantas veces que ya no le suponía un problema encontrar la salida. Sin embargo, se entretuvo en el precioso estanque que había bajo la escalinata y en el que solía nadar algún que otro pececillo plateado. Vio su reflejo en el agua verdosa y observó su rostro: tenía unos pómulos y una nariz pronunciados, y en sus ojos grises se podía percibir un brillo de seguridad y de optimismo. Su cuello se había enrojecido por el sol, pues tenía la piel tan blanca como el mismo mármol en el que estaban hechas aquellas esculturas clásicas tan bonitas del jardín. Se retocó el cabello: llevaba la larga melena castaña oscura recogida en un moño bajo que se le había deshecho al engancharse con una pequeña ramita de un ciprés. Era menuda y delgada, pero no tenía nada de frágil, todo lo contrario: era apasionada y aventurera. No le temía a nada, salvo a una cosa: que su padre no la quisiera como aprendiz en el taller de los Amat y que sus diseños no pudieran hacerse realidad nunca. Sin embargo, los cuentos que había leído de pequeña tenían siempre un final feliz: a pesar de la crudeza de la vida, los sueños y anhelos de los personajes se volvían reales, así que aún albergaba la esperanza.

—Venga, hija, que llevo un rato esperándote.

Alfred Amat movió el bigote de arriba abajo en señal de reprobación.

—Seguro que te has entretenido otra vez en el laberinto —continuó—. Al final, no te voy a traer más aquí.

Alfred tomó del brazo a Elsa y la llevó aprisa hacia el coche de caballos. Sus ojos se escondían tras unas gafas de montura dorada

que le hacían las pupilas grandes y las pestañas más largas. Tenía el pelo ensortijado, sin brillantina, y un ribete de pelo bajo la barbilla.

—Lo siento, padre, pensé que tardaría más —se disculpó—. ¿Le ha encargado otra joya el marqués?

—Quería solo unos pendientes para su esposa, pero al final he logrado convencerle para hacerle también el collar —sonrió—. Tenemos faena. Siempre salimos de esta finca con un buen encargo. Es el mejor cliente que tenemos.

Su padre era un hombre de negocios exigente y minucioso, pero también tenía don de gentes: era un hombre respetado y generoso, así que no le era muy difícil contentar a los clientes de toda la vida y a aquellos que probaban por primera vez en joyerías Amat.

—¿Y cómo hará los pendientes?

—En oro labrado con vistas en plata, y seis diamantes en cada uno. Además, quiero poner una gran amatista de color rojo oscuro.

—¡Qué bonitos quedarían los diamantes en las alas de un hada! —exclamó Elsa.

—¿Ya estás otra vez con tus historias? —sonrió—. ¿Qué clase de mujer adulta quiere llevar hadas en sus pendientes?

—Las hadas son las guardianas de la naturaleza. Y la señora de Alfarràs, que tiene este precioso jardín, le encantarán.

—No digas tonterías, Elsa, que ya tienes una edad —dijo con enfado—. A veces, me hago cruces de lo rara que has salido. Ya le decía yo a tu madre que esos libros que comprábamos de esos extranjeros no iban a traer nada bueno. Tienes demasiadas fantasías en la cabeza.

Subieron al coche de caballos y rápidamente abandonaron la finca de Alfarràs.

—Usar diamantes para ponerlos en las alas de un hada, dice —rió, incrédulo—. ¿Es que no sabes el valor que tienen los diamantes?

Elsa dijo que sí con la cabeza y se sintió ridícula. Su padre nunca había prestado atención a sus diseños porque los consideraba fruto

de un capricho infantil y de una falta de madurez que iría remitiendo con los años. Ellos hacían piezas clásicas y tradicionales de una extraordinaria calidad. Trabajaban con las mejores piedras y diamantes de la ciudad, sí, pero Elsa creía que no tenían nada de especial, que no eran originales ni transmitían nada. Le gustaban más las suyas.

—Ay, hija —comentó su padre, preocupado—. No sé qué haremos cuando tu tío y yo nos vayamos de este mundo.

Aquella frase siempre se quedaba sin respuesta. Su padre no confiaba en ella, creía que carecía del talento de los hermanos Amat para hacer las joyas elegantes y sofisticadas de la firma. Además, era una mujer. ¿Qué mujer trabajaba en un taller de orfebrería? Nadie la tomaría en serio. Sin embargo, ni su padre había logrado tener descendencia masculina ni su tío Miquel parecía tener intención de casarse. Entonces, ¿quién se quedaría con la joyería? Si terminaba en manos de Elsa, temía Alfred, el negocio acabaría en la ruina.

—Si me llevara al taller y me enseñara a hacer joyas —apuntó ella, animada—. Creo que lo podría hacer bien.

—No sé, no sé —se frotó el mentón—. No has madurado, hija, no creo que seas capaz. Y eso de que una joya la haga una mujer...

—¿Y por qué no? —puso los brazos en jarras—. Podría hacerlo igual de bien que usted. Sabe que dibujo bien.

—Tienes un don desaprovechado, hija. No sabes diseñar joyas Amat, sino esas fantasías absurdas tuyas.

A Elsa le dolió oírlo hablar con tanto desprecio de lo que mejor sabía hacer. Sus diseños formaban parte de ella, de su esencia.

—Podría aprender a hacer las suyas —dijo, insistente—. Deme una oportunidad, padre.

—Ya veremos.

El carruaje se adentró en el barrio de Gracia, que se había anexionado a Barcelona a mediados del siglo XIX. Aunque era mayoritariamente obrero, muchos burgueses habían empezado a construir allí, lejos del centro, sus casas de veraneo. Una de las primeras había sido, precisamente, la realizada por Antoni Gaudí en la calle

Carolines para el fabricante de azulejos Manuel Vicens. La fachada era como una obra de arte, como una pintura colgada en un museo: el contraste del verde y el blanco en las baldosas, el ladrillo rojo, las pinturas decorativas y las hojas de palma de hierro forjado de la verja de entrada. Su padre se había enamorado de esa casa y por eso había decidido hacerse una parecida a pocas calles de allí, en la Rambla del Prat. Alfred Amat admiraba a Gaudí: era un hombre genuinamente fantasioso, místico, que decoraba sus fachadas con simbología propia de los cuentos de hadas. ¿Cómo podía considerar su arquitectura una genialidad y las joyas que diseñaba ella un simple pasatiempo infantil?, se preguntaba a menudo.

Tras pasar la calle Salmerón y la bonita plaza del Diamant, llegaron a la Rambla del Prat, la avenida modernista del barrio. Su padre le volvió a recordar que allí, apenas unos años atrás, tan solo había masías y campos de cultivo como la finca de la Fontana. Ahora, sin embargo, se habían construido edificios de pisos residenciales y por las grandes avenidas circulaban los tranvías y los primeros autobuses que conectaban la que había sido Vila de Gràcia con el centro de Barcelona.

Su padre la dejó en casa y él se marchó al taller. Elsa abrió la puerta y recorrió el largo corredor que conducía hacia la parte trasera, donde estaba ubicado el jardín y la salita donde solía coser su madre. Como ya había llegado el verano, los criados habían cambiado los postigos por estores más ligeros para que el sol del jardín se colara a través de los vidrios traslúcidos. La estancia era pequeña; tenía un piano, una pila de agua bendita, un escaparate que protegía las fotografías más queridas y unas repisas decoradas con relicarios, medallas de cera bendecidas y estampas de santos. Los Amat eran muy creyentes, tanto que su madre solía organizar veladas solidarias en La Maison Dorée y donaba joyas diseñadas en exclusiva para la ocasión. El dinero que sacaba de aquellas subastas regadas con champán caro y menús elaborados por cocineros franceses, iba destinado a las parroquias de los barrios más humildes. Antonia Amat creía que aquellos actos desinteresados le harían ganarse el cielo.

—¿Qué tal lo has pasado en el laberinto? —le preguntó su madre.

La señora Amat era de constitución delgada, de hombros huesudos. Tenía la piel fina como el papel de seda y siempre iba muy formal, muy bien vestida; además, tenía una frente y unas cejas tan marcadas que le daban una expresión solemne y reservada.

—Estupendamente, madre, he diseñado otro broche —sacó su cuaderno y le enseñó el dibujo—. ¿Le gusta?

Antonia sonrió forzosamente y, tras echarle una mirada rápida al esbozo, cerró con delicadeza el cuaderno.

—Es muy bonito, cielo. Sabes dibujar muy bien.

Elsa sabía que mentía. Su madre tampoco admiraba sus diseños, pero fingía cierto interés. La trataba con una condescendencia que podía llegar a irritarla en ocasiones.

—Podría fabricar algunas piezas y donarlas en alguna de sus subastas —dijo esperanzada—. Me gustaría contribuir con mis diseños.

Antonia le acarició el brazo apenada.

—Sabes que tu padre no te dejará malgastar el oro y la plata.

—¿Malgastar? —preguntó sorprendida—. Me ha dicho antes que mis diseños son muy bonitos.

—Sí, pero... —soltó un suspiro—. No quiero que te ofendas, Elsa, pero sabes que tus fantasías no tienen cabida en la firma Amat.

—¡Pero es una donación! —expresó irritada—. Quizá a la gente le guste y es una oportunidad para que empiecen a conocer mis trabajos.

—Cariño —interrumpió su madre—. Me parece muy bien que te diviertas haciendo tus cosas y que diseñes lo que te apetezca, pero no puedes usar el oro y la plata de la joyería para tus caprichos. ¿Sabes lo que cuestan?

—Claro que lo sé, pero nunca he creado uno de mis diseños y me haría mucha ilusión. Quiero aprender a hacer joyas. Mis joyas.

—La gente no quiere eso. Quiere las joyas que diseña tu padre.

Elsa sintió una punzada en el corazón. Trataba de darle vida a las joyas, que se movieran, que respirasen, que tuvieran algo que

decir. Eran naturales, imaginativas y alegres, como ella. Le dolía el alma al saber que toda esa belleza que había creado se iría sin dejar ningún recuerdo.

—¡Los diseños de padre son aburridos! —expresó abiertamente.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? —la reprendió su madre—. Si te oye tu padre te deshereda, hija. Las joyas Amat son las mejores de Barcelona. Qué insolencia.

Elsa supo que había hablado más de la cuenta. Las joyas de su padre eran elegantes, brillantes, majestuosas. Pero no decían nada. Solo llevaban diamantes, piedras y oro.

—Disculpe, madre —agachó la cabeza—. He sido una maleducada.

Antonia la miró por encima del hombro, con la cabeza rígida. Al cabo de unos segundos, dulcificó el rostro y le pidió que se acercara.

—Te estás haciendo mayor —le agarró la barbilla para mirarla—. Eres hermosa, podrías tener al hombre que quisieras. Y lo conseguirás si sientas la cabeza y maduras.

—No quiero pensar en eso todavía —bajó la cabeza—. Quiero ser joyera.

—Sabes que es complicado para una mujer y más si te obsesionas con esa fantasía ridícula.

Apartó la cabeza, triste: nadie de su familia parecía respetar su talento.

—A usted le encantaban los libros en los que aparecían aquellos seres —dijo ella, nostálgica—. Me los leía como si realmente creyera en ellos, como si ese mundo mágico fuera mucho mejor que el nuestro.

—Pero no es real —tragó saliva y le tembló la voz—. Y creo que ya tienes edad suficiente para que te des cuenta de eso. Nuestros clientes no son niños. ¿Lo entiendes?

—Le brillaban los ojos cuando los leía —insistió, sin responderle—. Era feliz. Y yo quiero que la gente lo sea. Que esa joya les recuerde a su infancia, que vuelvan a disfrutar de la naturaleza, de la libertad de sus primeros años.

Antonia cerró los ojos y asintió lentamente. Luego, suspiró.

—Es muy bonito lo que dices —se quedó callada unos segundos—. Pero debes tener los pies en la tierra. O convences a tu padre de que puedes ser una buena heredera de las joyas Amat o vete olvidándote de pisar el taller.

—De acuerdo, madre —dijo con resignación—. Me dedicaré a las joyas Amat. Quiero ser una buena maestra joyera. ¿Podrá convencer a padre de que me lleve al taller?

Antonia Amat sonrió complacida y le guiñó un ojo.

—Creo que podré convencerlo, hija.

Elsa claudicó y abandonó la salita entre risas. Aunque faltaba que su padre entrara en razón, estaba segura de que aceptaría la propuesta. Su madre siempre conseguía lo que quería de él y esa vez no sería una excepción. Estaba ilusionada, pero también ansiosa por demostrarle lo que podía llegar a hacer. Aunque había prometido trabajar con la línea Amat, nunca dejaría de lado sus diseños. Con el tiempo, si podía, insistiría de nuevo.

Subió las escaleras hacia su cuarto, su lugar favorito de la casa, una especie de fortín íntimo en el que podía crear sin prejuicios. La habitación parecía sacada de un cuento de hadas: tenía una cama enorme cubierta por una colcha floreada; las cortinas de muselina caían sobre ella a modo de dosel y, a un lado de la habitación descansaba un pequeño sillón de color rosa pálido junto a una mesa baja donde había un completo juego de té. Su mueble preferido, sin embargo, era el tocador de madera que usaba como mesa de trabajo. En sus cajones no guardaba ungüentos, ni polvos perfumados, ni aguas de colonia, ni aceites esenciales; allí tenía las hojas, los carboncillos y las acuarelas con las que daba color a sus diseños. Sobre ese mueble, había un enorme espejo en el que solía imaginarse a sí misma llevando las bonitas joyas que en un futuro cercano esperaba confeccionar.

—Algún día —se repetía a sí misma—, todo el mundo querrá llevar una joya de Elsa Amat.